

meter en el el cuello, le pisó la cuerda para que no pudiera co-  
rreirse el nudo).

—Efectivamente: de eso habíamos. No sabía que usted era  
poeta.

—Poeta... no. Afeccionado, tal vez. En el pueblo donde vi la luz,  
fui secretario del juzgado municipal y era tanta mi afección á los  
versos, que todas las actas me salían por casualidad en verso.  
Es más: una vez tuve que poner en limpio un informe del se-  
ñor fiscal, y sin saber cómo lo puse en seguidillas: son unos ver-  
sos tan fáciles, que los hago á las mil maravillas.

—¿Y qué le pareció al fiscal? Interrumpió Pepa.

—No se dió cuenta hasta el día de la vista. ¿Y sabe usted por  
qué lo notó? Porque á la mitad del informe, vió que el presiden-  
te, los oidores y los reos estaban bailando sevillanas.

—¿Le daban á usted un premio por su habilidad?

—Me dieron la cesantía y me vine á Madrid.

—¿Y aquí hizo usted su fortuna?

—Aquí la hice y aquí quiero tener la dicha más grande que  
han tenido los mortales.

—¿Se puede saber cuál es esa dicha?—dijo la *señal Ali*, soca-  
rradamente.

—La de enterrar mi corazón á la madrileña más castiza que  
han parido las madres; para enterrarme en cuerpo y alma á Pe-  
pilla, si ésta se digna quereirme.

—¿Soy demasiado modesta para llegar á esa altura?—dijo Pepa.

—Con la invención de los aeroplanos, las alturas son fran-  
queables.

—Si no se ostropea el aparato.

—Tendrás razón, bella niña.

La *señal Ali* quedó comprometida, por medio de una mirada

direcía, de arreglar el asunto, y el Sr. Postín tendió su mano á  
Pepilla para ponerla en contacto con la suya.

Un apretón de manos, unas languidas miradas y dos suspiros  
entrecortados fueron la señal de un contrato que pronto tendría  
que ser efectivo.

\*  
\*  
\*

Ha bajado las escaleras el Sr. Sinforiano, y al mismo tiem-  
po subían al Sr. Bidallo. La única cosa que se le ocurrió al pa-  
dre de Pepilla fué preguntar:

—¿Ha venido ese tío á encargarse de mi curación?

Algunos que le oyeron, contestaron:

—Buena falta le hacía.

\*  
\*  
\*

Colocado convenientemente en su alcoba el Sr. Enlallo, que-  
daron solos en la sala Pepilla y la *señal Ali*; ésta rompió el si-  
lencio.

—¿Qué te ha parecido el pretendiente?

—De perlas; pero ¿y Manolo?

—Ya te he dicho que Manolo no queda desaviado.  
—Si como usted me asegura es cierto eso... como la vengan-  
za entablando relaciones amistosas con el señor *Postín*. Al sa-  
berlo Manolo rabiará de celos.

—O se pasará del brazo (del único que tiene) con la otra,  
restregándotela por las narices.

—Y entonces yo me pasearé con el señor *Postín*, dándome un  
idem que el no puede darse.

—Y harás bien.

—¿Y cuándo vamos á probar la infidelidad de Manolo?

—Cuando tú quieras. El domingo por la noche ¿te parece?